

OCTAVIO ARMAND

EL INFINITO Y YO

Para Alba Rosa y Asdrábal

Por la escalera del humo
me acerco a los dioses.
Abro la ventana como un libro
y sigo el paso de los animales prestados a la luz.
Osas, peces que al nadar apuestan sus escamas,
escorpiones lentamente encendidos,
el trazo de un geómetra ciego
en la vastedad que ya no nos confunde tanto.
De puntos reunidos se hacen signos, claves,
indicios.
De hilo se hace el alma que nos cubre.
Un mundo sacudido por la presa.
Un mundo cuyos confines la araña repasa,
la araña que nos mira con el escásimo
ojo de la aguja.

Los dioses muertos conversan sobre el infinito.
Yo les muestro la hostia esmaltada
que de niño me pegaron al cielo de la boca.
Con la hostia de badajo
les repito en un idioma ajeno
como caja de fósforos
que todavía creo en ellos.
Repito cada nombre que he tenido
a través del tiempo.
Vivo y vuelvo a morir en cada nombre
hasta que una sola hormiga se lleva nuestras voces
y un silencio como de hormiga
es lo único que queda.
Soy el hijo de todas las familias.
Soy nadie, les digo,
me parezco a todos.
Mi saliva es de mercurio.
Mi lengua de mercurio salpica y no moja
hasta saciar la sed.
Mis palabras son espejos redondos, perfectos,

donde hierven y resbalan las imágenes.
Los dioses no me creen, los dioses no creen
en nadie.
Nada, nunca, nadie: altísimo altar del cero,
pirámide de veloces negaciones.
Aquí el polvo es nieve para pobres
y el aleteo de un zumbete asusta más que jaball.
En cada yagrumo desemboca un río.
El agua que pasa por las ramas escondida
me halla encaramado en una gota de lluvia.
Es como para que me viera Botticelli.

Encabezando el rectángulo de una mesa
Bruno postula el infinito.
La mesa está en Londres, pudo haber estado
en cualquier sitio.
La mesa es una ventana que da al cielo,
un telescopio estirando su racimo
de huellas digitales.
Con cuanta razón nos equivocamos
al sentir el agujón del infinito.
Bruno murió como un relámpago.
Mi tabaco también añadió una luciérnaga
a la noche.
El fuego llega a las puntas de la estrella
y el destino que coloca piedras sobre la cuna
parece un gato que se astilla maullando,
un perro de sedosa ceniza que nos lame.
Hoy vi nacer una nube.
Siempre nos faltará un pedazo de luna.
Pongamos límites, hagamos un centro,
levantemos en todas las dimensiones nuestra casa.
Horcones de aire y puertas de fuego,
paredes de agua, ventanas de tierra.
No sea nuestra la hospitalidad del jabillo.

Nada en la inmensidad de la casa
 oprime tanto como la gota de agua
 que separa al océano surcado del océano por surcar.
 Horacio abre el Tercer Libro de las Odas
 mordiéndole el espinazo a una liebre:
 "Al caer los pilotes
 los peces sintieron cómo se empequeñecía
 el océano".

Multiplicado hasta la risotada
 el tamaño no deja de ser una cantidad mansa,
 un buey que ara dos veces la tierra del señor.
 Pero la imagen
 —escurridiza, arisca, perseguida—
 salta entre dos números
 y nos lleva al rincón donde el animal herido
 recoge los huesos que le quedan.
 "Al caer los pilotes
 los peces sintieron cómo se empequeñecía
 el océano".

Un alfiler atraviesa la oreja del venado;
 la sostiene en vilo, geométrica, afilada,
 como la más alta punta de una estrella.
 La hipérbola es una elipsis.
 Los peces no sienten
 el pesadísimo nacimiento de un muelle
 sino el tijeretazo de la navegación.
 Mapa, esponja, paradoja: el mundo crece y se acaba.
 Una vez más los hombres y los dioses
 se matan debatiendo el tamaño
 de lo inconmensurable.

Cuándo y hasta cuándo debatir
 el tamaño de lo inconmensurable.
 La lucha entre lo finito y lo infinito,
 lo limitado y lo ilimitado,
 los dioses y los hombres.
 Me dijo José, un campesino:
 la ceiba tiene cuatro raíces, como un cohete.
 El emperador cree en la extensión
 como en el peso del *aureus*.
 No hay nada ajeno, piensa,
 no hay nada que tus falanges
 no puedan arrimar a la escalinata de palacio.
 Las fronteras también son un ejército
 que puedes derrotar.
 La ciudad soñada como infinito
 es una geometría a la deriva, un muelle
 que no termina nunca.

"Roma ha condensado ese mundo
 en el nombre de una ciudad.
 Dondequiera que uno haya nacido, vive
 en su centro".

La imagen de la condensación
 no es la gota de lluvia sino la marea más alta.
 Un círculo cuyo centro está en todas partes
 y se desorbita, una circunferencia creciendo
 sin freno
 pero siempre a partir del centro mismo,
 como serpentina
 desovillada en todas las direcciones a la vez.

Con el mapa imposible de Arístides,
 Pascal hará un modelo posible del infinito.
 Otro círculo, otro infierno, una inmensa
 jaula para Dios.

La imagen salta, se repite
 en el rostro de muchos ojos visto por Ezequiel.
 Ciudad, círculo, dios: innumerables
 centros y ninguno.

Los imperios donde no se pone el sol
 acaban en llamas.
 Para César las fronteras son un ejército enemigo,
 una cantidad que los dioses le deben.
 Para nosotros la expansión es la muerte
 del espacio.

Al franquear los límites
 no paladeamos el sabor de un crecimiento
 sino el resabio de una reducción.
 Es ésa la advertencia de Horacio.
 Es eso lo que intuyó Bruno
 al proponer el fango como modelo de lo infinito.
 Se derrumban las esferas.
 Comienza el largo exilio de los dioses.
 Horacio celebra al Imperio
 añorando los límites del griego.
 Esa nostalgia me complace
 más que un sol perfectamente redondo.
 Entre infinitas conversaciones sobre el infinito
 Bruno deja una imagen de la naturaleza como ruina.
 Ni tierra ni agua: fango.
 La mancha, la oscuridad de la culpa,
 marca el paso de la deducción a lo inductivo.
 Yo soy parte de esa noche.
 El infinito y yo nos parecemos
 sólo en algunos detalles.

Turgua, 24 de octubre de 1984